

Ellen HILLBOM y Patrick SVENSSON (eds.), *Agricultural Transformation in a Global History Perspective*, Abingdon, Oxon, Routledge, 2013, 342 pp.

El libro editado por E. Hillbom y P. Svensson tiene por objetivo contribuir a la identificación de los determinantes universales del proceso de cambio estructural. Se trata de una compilación de once estudios de caso pertenecientes a diversos contextos históricos y geográficos. Todos ellos utilizan una perspectiva micro y estudian en detalle procesos —exitosos o fallidos— de cambio agrario. Su puesta en común permite a los editores aplicar una perspectiva de historia global e identificar regularidades a partir de la comparación de procesos diferentes. De esta forma, en el capítulo introductorio se ofrecen siete conclusiones generales que, si bien no son particularmente novedosas, sí contribuyen a ratificar algunos argumentos fundamentales del debate teórico. Las proposiciones teóricas que, de acuerdo con los once casos analizados, superan la prueba del contraste empírico son las siguientes: 1) la agricultura es vulnerable y está fuertemente restringida por las condiciones naturales; 2) las instituciones y las dotaciones de factores son interdependientes; 3) las políticas gubernamentales desempeñan un papel clave; 4) la desigualdad ha afectado negativamente al crecimiento en el largo plazo; 5) los agricultores tienen recursos y estrategias para adaptarse al entorno; 6) la organización del trabajo y su relación con la tierra afecta al desarrollo técnico e institucional y 7) los incentivos creados por las fuerzas del mercado son poderosos.

Existen seis temas comunes que son analizados en mayor o menor profundidad en cada uno de los once estudios de caso: 1) el impacto de las condiciones naturales (clima, calidad de la tierra...); 2) las políticas gubernamentales y el papel de las instituciones locales y regionales; 3) el nivel de desigualdad en la distribución de la tierra y del ingreso; 4) las formas de acceso a los factores de producción (tamaño de la explotación, derechos de propiedad, instituciones...); 5) el crecimiento demográfico y el esquema de precios relativos de los factores de producción y 6) la expansión del mercado y el papel de los ingresos no agrarios. Si bien estos seis temas son comunes a los once capítulos, cada trabajo tiende a enfatizar el papel de variables diferentes en función del proceso particular estudiado y de la naturaleza de las fuentes utilizadas. Todos los capítulos se encuentran bien informados por fuentes ricas en datos tanto cuantitativos como cualitativos.

De los cuatro capítulos dedicados a Europa, dos estudian provincias españolas. En el trabajo de J.M. Lana Berasain, el proceso de crecimiento económico en el sur de

Navarra (1600-1931) es obstaculizado por las condiciones naturales —que impiden un balance eficiente entre agricultura y ganadería— y por un marco institucional que mantiene altos niveles de desigualdad y limita las posibilidades de formación de capital humano. Por su parte, C. Santiago Caballero se centra en analizar los vínculos entre desigualdad y crecimiento en la provincia de Guadalajara (1690-1800) y observa que las localizaciones con una mejor distribución de la tierra están positivamente correlacionadas con aquellas con un mayor output per cápita y un menor número de productores. De acuerdo con su modelo, el incremento poblacional tendía a aumentar la desigualdad, dado que los nuevos productores se veían forzados a cultivar las tierras marginales. Sin embargo, el autor concluye resaltando la importancia de las instituciones: el caso de Guadalajara a partir de 1770 muestra cómo el crecimiento demográfico puede no ir asociado a un empeoramiento en la distribución siempre y cuando se lleven a cabo las reformas adecuadas (que impidan a los grupos poderosos limitar el acceso a la tierra de calidad a los nuevos productores).

El tercer capítulo dedicado a Europa, escrito por S. Nafziger, estudia el caso de la provincia de Nizhnii Novgorod en la Rusia zarista (1864-1914). El autor se centra fundamentalmente en la influencia de las instituciones políticas locales en el proceso de modernización agraria, destacando la importancia de la composición de dichas instituciones y preguntándose en qué medida el proceso de cambio se vio debilitado por la ausencia de un organismo central como el United States Department of Agriculture (USDA) en Estados Unidos. Finalmente, M. Olsson y P. Svensson realizan un análisis micro del distrito sueco de Västra Karaby (1786-1846). El capítulo está centrado en el desarrollo del mercado de crédito, y muestra cómo la mayoría de las inversiones realizadas durante el proceso de cambio agrario fueron financiadas por la propia producción agrícola (las explotaciones a finales del siglo XVIII eran lo suficientemente grandes para producir excedentes). De acuerdo con los autores, existía un mercado de crédito relativamente desarrollado y una extensa red de deudas en el ámbito rural, pero la mayoría de ellas no pueden atribuirse ni a falta de recursos ni a inversiones a gran escala (no se encuentra una conexión entre deuda e inversiones asociadas al proceso de cercamiento). Por el contrario, la expansión del crédito únicamente sería un reflejo del incremento del comercio y la especialización.

El papel desempeñado por el crédito en el proceso de cambio estructural también es estudiado con exhaustividad en uno de los cuatro capítulos dedicados a África. Ellen Hillbom estudia el caso de Meru, en Tanzania (1995-2011), y analiza en detalle las diferentes posibilidades que se encuentran disponibles para los pequeños agricultores en cuestión de ahorro y endeudamiento. La autora analiza las particularidades de cada una de las opciones (por ejemplo, las diferentes formas de acceder a microcréditos, o el «crédito en especie» ofrecido por las cooperativas) y afirma que, aunque es relativamente fácil acceder al crédito, la ausencia de incentivos adecuados para el ahorro sigue lastrando la inversión en capital para la agricultura.

El capítulo escrito por E. Green se centra en el crecimiento y posterior declive de las plantaciones europeas de tabaco en Malawi (1900-1940). El autor destaca la pérdida de poder de control del trabajo que sufrieron los colonos europeos a partir de la Gran Depresión. En una economía agraria no mecanizada y altamente intensiva en

trabajo, la posibilidad de generar excedentes dependía absolutamente de la disponibilidad de mano de obra. A diferencia de los colonos europeos, los agricultores africanos contaron con la posibilidad de movilizar trabajo familiar y de utilizar sus redes sociales, dificultando así la supervivencia de las explotaciones europeas e incrementando la influencia africana en la trayectoria de cambio institucional.

J. Fourie discute a continuación los efectos a largo plazo de una economía extensamente basada en el trabajo esclavo (colonia de Ciudad del Cabo, 1652-1795). De acuerdo con el autor, la institución de la esclavitud permite a los agricultores especializarse en productos de alta demanda internacional, logrando de esta forma niveles de vida comparables a los de sus homólogos europeos. Sin embargo, la esclavitud habría tenido efectos perjudiciales para el crecimiento económico a largo plazo: la posibilidad de comprar esclavos redujo los incentivos a invertir en tecnologías ahorradoras de trabajo y generó unas instituciones con efectos perniciosos en el acceso a la educación y tolerantes con un alto nivel de desigualdad. En mi opinión, el tratamiento general que el autor realiza de la esclavitud resulta desafortunado. A lo largo del artículo, los esclavos son exclusivamente considerados como un activo de los hogares europeos. En general, su tratamiento como un «bien» o «producto» poseído por otros resulta perfectamente comprensible, pues los esclavos aparecen en los inventarios como un activo (al lado de, por ejemplo, «ganado» o «sillas») y efectivamente cumplieron esa función. Lo que resulta desconcertante es su total ausencia cuando el autor habla de «hogares» o de «sociedad». Creo que el hecho de no considerar «sociedad» (a efectos del propio análisis; véase p. 148) a una categoría social que representaba más de la mitad de la población es algo que merece, cuanto menos, una nota explicativa.

Finalmente, el último de los cuatro capítulos dedicados a estudiar procesos de cambio en regiones africanas está centrado en las oportunidades para salir de la pobreza a través de procesos de modernización agraria. En él, siete autores analizan el caso de Zambia (1965-2012) e identifican dos «rutas» diferentes de escape a la pobreza. El cultivo de algodón es señalado como un punto de entrada para agricultores pobres, pues no requiere inputs costosos y permite la posibilidad de reinvertir los beneficios en inputs progresivamente más caros. Los autores afirman que se trata de una ruta de salida lenta, pues la producción tiene relativamente poco valor. La ruta de salida rápida vendría representada por el sector de la horticultura, capaz de producir un output de mayor valor, pero más exigente en materia de inputs. En contraposición a estas dos fórmulas de salida de la pobreza —que suponen un coste muy pequeño para el gobierno—, los autores afirman que el sector del maíz, constituyendo una alternativa muy lucrativa para los agricultores ya establecidos, no contribuye a escapar de la pobreza y genera un altísimo coste presupuestario. El capítulo muestra cómo el papel del Estado continúa siendo un importante determinante del crecimiento agrario en los países menos desarrollados.

Los tres capítulos restantes conciernen procesos de cambio estructural en Sudamérica y Asia. Henry Willebald estudia los patrones de asentamiento en las tierras de la región del Río de la Plata (1850-1920) y afirma que la élite gobernante moldeó las instituciones y derechos de propiedad generando una desigual distribución de la tierra. La abundancia de recursos naturales y el movimiento hacia tierras de mayor cali-

dad permitió a un pequeño porcentaje de la población capturar el creciente diferencial de rentas.

Por su parte, Jackeline Velazco y Vicente Pinilla analizan el papel de los activos en la explicación del ingreso agrario y no agrario en el contexto de una economía campesina andina (Perú, 1988-2000). Los autores destacan la importancia relativa de los ingresos no agrarios, que sirven como complemento monetario a familias campesinas que han sido políticamente discriminadas y relegadas a las tierras de peor calidad. La diversificación de las actividades rurales (por ejemplo, la manufactura de sombreros) es una respuesta al estancamiento de la productividad y la producción en estas regiones.

En el último capítulo, Tobias Axelsson estudia el proceso de desarrollo agrícola dirigido por el Estado en Yogyakarta (Indonesia, 1973-1996). En el contexto de una «economía moral» escasa en tierra y abundante en trabajo, los agricultores quieren mejorar sus prácticas pero se ven constreñidos por una serie de factores. El Estado asume entonces el rol de agente de cambio, proveyendo a los agricultores de mejores semillas, fertilizantes y pesticidas, y contrarrestando así los efectos de la economía moral. Sin embargo, en el caso de Yogyakarta, el Estado establece como prioridad la consecución de seguridad alimentaria para la población urbana (*urban bias*). La adopción de maquinaria agrícola (ahorradora de trabajo) no es subsidiada de la misma forma que los inputs ahorradores de tierra, pues el Estado no tiene interés en que la productividad del trabajo agrario aumente demasiado rápido. En consecuencia, los agricultores son incapaces de producir excedentes en cantidades suficientes y siguen estancados en la «economía moral».

En conjunto, los once estudios micro compilados en este volumen constituyen una valiosa fuente de información e inspiración para todos aquellos interesados en comprender el proceso de cambio estructural y sus múltiples particularidades. Todos los capítulos están correctamente enmarcados en una discusión teórica amplia, y la reflexión final de P. Timmer se encarga de matizar la controvertida asunción de existencia de unos patrones universales de cambio y de sintetizar los principales avances teóricos y empíricos realizados en este sentido.

ÁNGEL LUIS GONZÁLEZ ESTEBAN
Universidad de Salamanca